

# Balbucesos de existencia



**Nissim Sharim Paz**

Actor, Director Teatro Ictus

**O**lviden o mientan sobre el pasado. La verdad me pone nervioso.

Si no textual, el pensamiento subyacía claramente en el interlocutor que tuve hace pocos días.

¿Qué es un individuo, en qué consiste su identidad?

El arte busca siempre esa respuesta. El hombre es lo que su conducta. Pero, ¿qué determina su conducta? ¿Su pensamiento? Y su pensamiento, ¿es original? ¿O emana de otros pensamientos anteriores que el hombre se limita a reproducir y, a lo más, enriquecer? ¿Y esto lo torna inauténtico o más bien confirma su autenticidad?

Admito que, tal vez influido por circunstancias dolorosas –el reciente fallecimiento de mi hermano–, recurre a un esfuerzo de evocación para referirme a algunos momentos de mi vida en el teatro.

El origen de las cosas o mejor, como suelen indagar los periodistas, lo que me decidió a convertirme en un teatrista profesional, es un misterio. Al margen, claro, de lo anecdótico.

Pero para ser claro, el arcano es el de la conciencia al momento de la decisión; pero, después de casi 40 años de vida en el teatro, existen múltiples posibilidades para conceptualizar tal decisión.

Desde luego, la famosa frase de Hamlet a Polonio cuando recibe a los cómicos: *Los actores son el resumen y crónica de la época...*

O quizás la posibilidad de conocer

y editar la multiplicidad de identidades con la que uno es capaz de comportarse en el mundo, tan bien descrita por Sábato cuando cita a Pascal en sus reflexiones en torno a la vida y a la diversificada identidad de los artistas.

La vida es como una ruleta en la cual sólo se puede apostar una vez. Sólo los artistas pueden repetir la apuesta muchas veces. Pueden asumir la identidad del caballero, del ladrón, del galán, del sacerdote, del bandido, del revolucionario y todas aquellas que poseen en potencia y que, por una razón u otra, no han podido editar en la vida social.

La posibilidad de descubrir y de descubrirse sigue siendo la constante más consistente para hacer que muchas personas escapen de la fiebre del estímulo material y decidan su vida en términos del arte, en términos de los estímulos y logros morales.

Se cuenta que en el séptimo día de la creación, Dios vio cómo todos se aburrían enormemente y entonces desplegó a fondo su imaginación y pudo registrar la capacidad que tenía la realidad para imitarse a sí misma. Entonces Dios inventó el teatro y sentenció:

*El teatro será el lugar donde los hombres aprenderán a entender los sagrados misterios del Universo. Ello servirá de alivio a los ebrios y a los solitarios.*

Descubrir el anuncio de un porvenir con ojos que no olvidan ni mienten sobre el pasado. Con los libros, con

**Pedro, Juan y Diego.** Teatro Ictus, 1976.  
José Miguel Salcedo, Nissim Sharim y  
Jaime Vadell.



la música, la pintura, con el teatro...

Todo ello, ahora. Pero ninguna de estas conceptualizaciones al momento inicial. Quizá lo más auténtico de aquel momento haya estado relacionado con la necesidad de la transgresión, con la ruptura de convencionalismos que todavía nos ahogan y repugnan (quizá ahora con más fuerza que antes); con la necesidad de expresar de alguna manera nuestra disconformidad con un mundo que sentíamos de grotescas e inaceptables dimensiones.

*Ud. debe sufrir de suspiros y margaritas...*

O quizá, porque creíamos (¿y cree-

mos?) que los pueblos necesitan héroes y, junto a los utopías políticas de los años sesenta, el arte y en particular el teatro, parecía capaz de generar cuadros humanos con algunas de las características épicas que suponíamos importantes para la humanidad.

Además, el arte parece ser un territorio donde se modifica o suspende el juicio moral. Ese juicio que es pro-

Rusia, según exclamación de Pushkin.

Una de las primeras cosas que percibí en mi vida profesional fue la tremenda posibilidad de descubrimiento que nos brindaba el humor. Descubrir nuestro entorno y nuestras propias particularidades pasó a ser una suerte de éxtasis tácito, puesto que no sabíamos con exactitud lo que nos estaba pasando. Pero sí sentíamos que nos estaba pasando algo; que éramos distintos y que cada vez nos atrevíamos más a mostrarnos frente a nosotros mismos.

Borges sostiene que la amistad no es menos misteriosa que el amor. Y en el teatro, ese misterio se nos dio con gran fuerza en el Grupo Ictus de toda mi vida. De tanto reír terminamos queriéndonos. Ello fue tan auténtico que cualquier deserción —por muy justificada que estuviera— siempre nos pareció una traición. No sólo una traición estética sino, también, una traición afectiva.

*Ud. debe sufrir*

*De pensamiento y amores secos;*

*De ilusiones y traiciones.*

Aprendimos después de la dialéctica del alma. Aquello que indagan Tolstoi, Chejov y otros grandes creadores.

Que los sentimientos pueden na-

ducto de juzgar sin comprender, de juzgar antes de pensar. Y aunque en rigor en aquella época no lo supiéramos, una notable intuición poética nos acercaba al concepto.

Dice Octavio Paz que el humor es la gran invención del hombre porque convierte en ambiguo todo lo que toca. A través de la risa, Gogol devela la tristeza de su

**Cuántos años tiene un día.** Teatro Ictus, 1978.  
Nissim Sharim y Delfina Guzmán.



cer de las ideas y las ideas de los sentimientos.

Que un sentimiento puede nacer de otro sentimiento. Y una idea puede nacer de otra idea.

Aprendimos a vivenciar ese mecanismo que explora fundamentalmente Tolstói, cómo opera esa reproducción de ideas y sentimientos.

El humor y nuestras motivaciones interiores nos relacionaron con el conocimiento del corazón humano y con su capacidad para descubrirnos sus secretos.

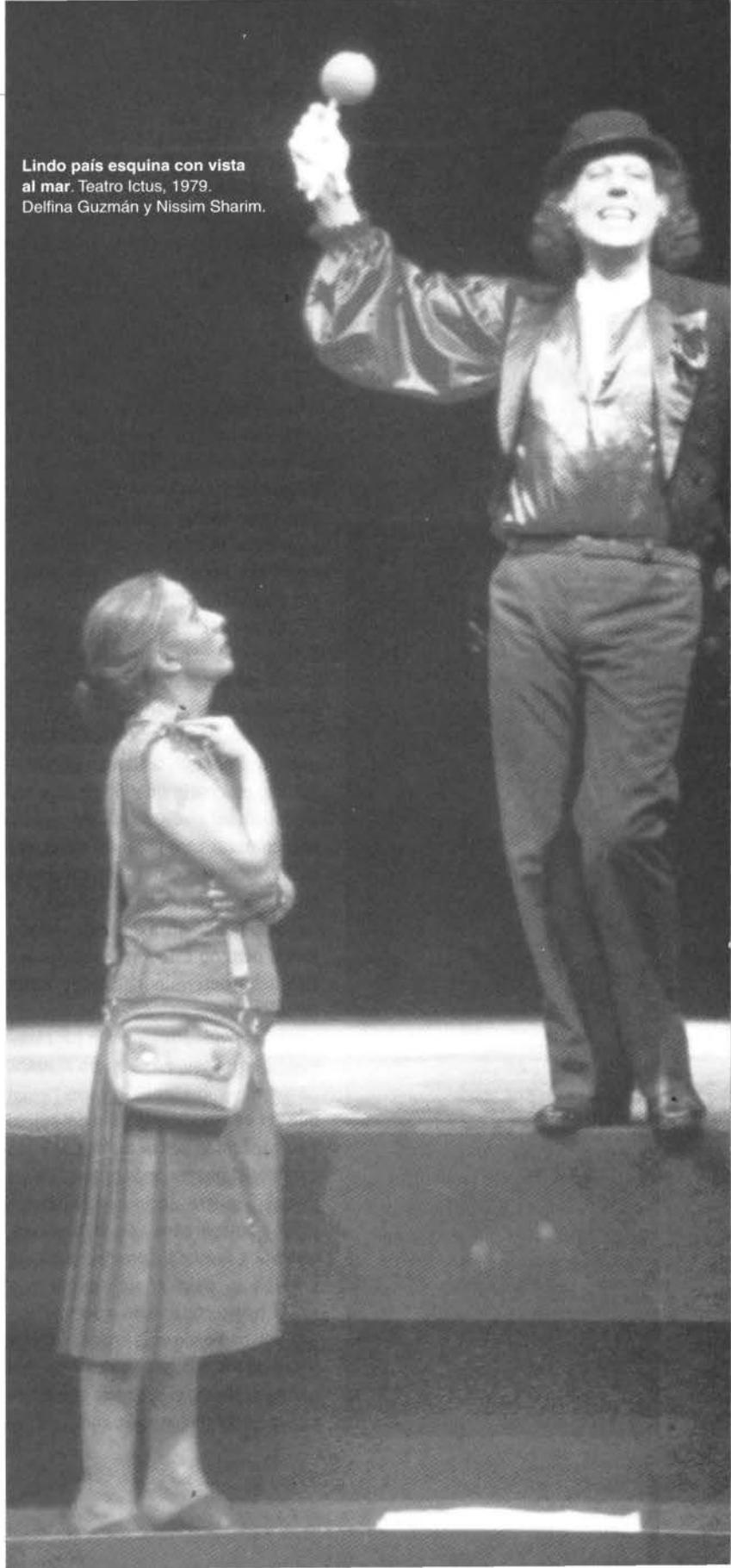
Aprendimos que no había, necesariamente, disonancia entre la inteligencia de la mente y la inteligencia del corazón. Que el prejuicio contra la razón como elemento de estructura e invención del fenómeno artístico, no es más que un prejuicio de ignorantes. Así como, también, la exclusión de la pasión y la emocionalidad como fuentes del conocimiento.

Vivimos momentos en que se borró la línea divisoria entre la realidad y la ficción, y fueron las muertes de pesadilla y los horrores que ahora algunos pretenden olvidar las que nos enseñaron que nada repara mejor nuestro dolor que unirlo al dolor de los demás. Que nada hace más alegre nuestra alegría que unirla a la alegría de los demás.

La vida en el teatro ha significado para mí un impulso de crecimiento casi permanente. No sólo como artista sino como persona. Y si hasta ahora sólo me he expresado en primera persona plural, es porque siempre entendí que el teatro era una pluralidad y porque, tal vez, esa pluralidad sea la forma más eficaz para atrapar sus significados más expresivos y marcadores.

Durante los años en que en nuestra Patria la vida se detuvo, el teatro fue siempre un verdadero arsenal de

**Lindo país esquina con vista al mar.** Teatro Ictus, 1979.  
Delfina Guzmán y Nissim Sharim.



oxígeno. No sólo para los que allí trabajábamos sino que para todos los que necesitábamos crear espacios virtuales de libertad.

Y esos espacios de libertad virtual sólo fueron posibles porque nacieron de una creatividad generada desde nuestras entrañas; no tanto de re-

flexiones muy profundas como de la necesidad visceral de externalizar una emocionalidad brutalmente herida.

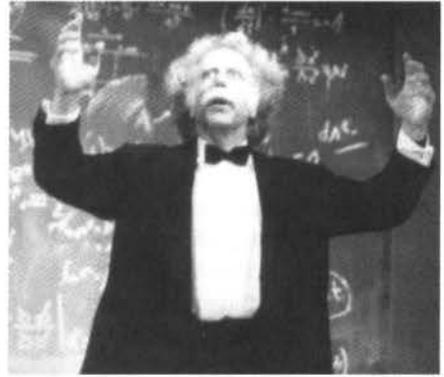
Y con la recuperación de algunas de las elementalidades sociales perdidas, la paradoja estética. La agudización de nuestras diferencias; las miradas contradictorias; la negación arbitraria de lo que no nos convencía; la necesidad de recuperar perfiles propios, personales, subjetivos... el viaje hacia adentro de uno mismo... ja veces tan adentro que se nos perdió el compañero...!

Entonces el escenario suspendió su fuerza. Ese escenario que inventa personas; personas que son el producto de los amores entre la realidad y la magia; entre la poesía y la historia y que quizá por eso, se llaman personajes. Ese escenario quedó en suspenso en espera de nuevos motores y hubo que empezar otro proceso, cuyas características específicas aún no conozco ni intuyo con mucha claridad.

Sólo puedo afirmar que ya no soy joven, pero no estoy muy seguro que ello deba determinar invalidaciones artísticas.

La actividad teatral me ha enseñado que no sólo en el teatro algunos de los más importantes valores tienen que ver con la autenticidad del sujeto y su capacidad de contagio. Y si estas características son más propias de los jóvenes, quiere decir que existimos algunos mayorcitos que tal vez conservemos rasgos y características de jovencitos... quizá cómo y dónde...

El teatro nos enseñó a decir la verdad, aun partiendo de la ficción; con ojos llenos de historia, sin olvido; y no creo que haya alguna experiencia que tenga una mejor homologación con la riqueza



Einstein. Teatro Ictus, 1999. Nissim Sharim.

za y complejidades de la existencia.

Cuando el teatro (las telenovelas, por ejemplo) despliega sobre el público reflejos falsos o ilusorios, sólo consolida la propia fantasía o el *wishfull thinking* del espectador, suprimiendo todo estímulo que le permita descubrir lo verdadero, lo visible y, más aún, lo invisible de la vida.

Por eso, como en los versos de Raúl, mi hermano:

*Si Ud. sufre, sufra de verdad  
Y no finja que sufre;  
Váyase al cielo sin pedir permiso.*

Suprimiendo la ignorancia, suprimiendo el asombro, decía Baruch Spinoza.

Bendito sea el gobierno que se compromete con el arte y la cultura, decía un Lord inglés cuyo nombre no retengo.

Y yo digo: me parece un largo viaje el que nos queda por emprender con el teatro para obtener que el hombre quiera lo que quiere. Y ahí, claro, parece mejor condición la de ser jovencito.

Sin embargo, siempre recuerdo el ingenio y frescura de mi amigo y colega Oscar Castro, también ya mayorcito:

*Cuando yo era joven pensaba que se podía cambiar el mundo; ahora... estoy seguro.*

Lindo país esquina con vista al mar. Teatro Ictus, 1979. Nissim Sharim.

